

CUERPOS SUCIOS Y DESEABLES



Es muy habitual escuchar la expresión o, en su defecto, la correlación, de que los cuerpos con VIH son sucios y que muchas personas buscan gente limpia con la que relacionarse. Han pasado cuarenta años de los primeros diagnósticos de sida en el mundo y el estigma sigue presente especialmente dentro del colectivo LGTBI+.

Pasamos los domingos por la tarde tumbados en el sofá, recuperándonos de la resaca de la noche anterior y entrando en aplicaciones en busca de algún estímulo sexual o incluso de una quedada para terminar la semana. Y ahí está, ese perfil que pone "Sólo gente limpia y con cabeza" y que nos hace sentir que nuestra propia existencia es motivo de desprecio y asco. Me tumbo en la cama, con mi pastillero al lado, e intento comprender qué pasa por

la cabeza de esas personas. Por qué les da tanto miedo un virus que, en la gran mayoría de las ocasiones, está controlado e indetectable gracias a la medicación. Sabemos que indetectable es igual a intransmisible, sabemos que no hay riesgo por vía sexual. Lo sabemos todo y a la vez no sabemos nada.

Recibí mi diagnóstico hace varios años y estuve mucho tiempo mirándome al espejo y pensando si tenía algo que ofrecer a los demás. Parecía que con el diagnóstico me había llegado una etiqueta de "producto caducado" y que cada pastilla diaria era una manera de alargar lo inevitable. Como si tuviese el típico mensaje que ves en el supermercado de "últimas ofertas" porque son productos que tienen menos ventas o que están en peores condiciones.

El sexo se convertía en un juego de estrategia, en una manera de mostrarte sexy sin creértelo, en una manera de gustar cuando tú no te gustabas, en esa conversación en la que estás

esperando que algo salga mal porque crees que es lo que mereces. Y cuando todo sale bien, llegan los miedos de que no se entere, como si tuviéramos un mensaje en la frente que dijese "tengo VIH". Pero el estigma interiorizado es muy fuerte y trabajarlo es muy complicado.

Recoges la habitación, te pones guapete y quedas con esa persona. La cosa sale genial, incluso te hace reír y recuperas esa vitalidad que en muchas ocasiones no eres capaz de encontrar. Todo sale bien, incluso ha habido algún que otro beso. Y ahora quiere ir a tu casa para tener más intimidad.

Abres la puerta de tu casa con la misma energía con la que sale un actor al escenario, respirando profundamente antes de

girar la llave porque los siguientes minutos van a convertirse en la mejor obra de teatro que has hecho en tu vida.

Y de repente llegas a la habitación y te invade una sensación irrefrenable de no querer parar. Rozas su cuerpo con tus manos, le sientes cerca, te excitas. La ropa acaba sobrando y cada vez te hace perder más el aliento. Pero de repente, ocurre aquello que no esperabas. Levanta la vista y ve el pastillero al lado de la cama y te pregunta:

- Oye, y esas pastillas que tienes ahí, ¿para qué son? Perdona si la pregunta es muy personal, pero como la gente joven no tomamos pastillas normalmente, es curiosidad.

Y así es como en un par de minutos te has quitado toda la ropa, pero te has puesto todos los miedos. Tu cara se queda desencajada y la obra de teatro comienza su diálogo final.

Empiezan las miradas, los silencios incómodos y te sientas en la cama y le pides que se ponga cómodo porque tienes algo que contarle.

- Tengo VIH. Pero no tienes nada de qué preocuparte porque tengo carga viral indetectable y no puedo transmitir la infección a otras personas.

Se vuelve a hacer el silencio. La mano le tiembla y comienza a ponerse la ropa. Te dice que tiene que irse y sabes que lo más probable es que no te vuelva a hablar. Y ahí acaba la función, de nuevo otra persona ha descubierto que eres un cuerpo sucio.

Así una vez tras otra, cada vez te sabes mejor la función, pero siempre acaba igual. Hasta que, de repente, un día alguien se queda después del diálogo final. No te lo crees, es imposible que después de decirle esto quiera seguir aquí. Pero mientras le preguntas por tercera vez si no quiere irse como el resto, se abalanza sobre ti y te besa.

Y entonces descubres un sexo que nunca antes habías probado. Un sexo sin ropa, pero también sin tabúes, un sexo sincero, en el que las miradas atrapan y cada pasti-



lla es un día nuevo en el que poder repetir esa sensación.

Y aquí estoy, otro domingo más en el sofá, mirando la pantalla de mi móvil y viendo como la gente se cree mejor por evitar tener sexo con quienes tenemos VIH. Y me hace gracia porque no son conscientes de lo que se pierden. Se creen mejores por evitar relaciones con nosotros pero la mejor estrategia de cuidado de la salud es la información y utilizarla de acuerdo a nuestro contexto. Hay que desterrar el miedo para incluir la responsabilidad. Y es que el sexo se disfruta mucho más cuando hay responsabilidad afectiva y responsabilidad compartida con respecto al cuidado de la salud sexual.

Y me sale una sonrisa porque esas personas nunca han echado un polvo sin miedo. Y si algo tenemos los cuerpos sucios es, que además de sexys, perdimos el miedo hace mucho tiempo y tomamos las riendas de nuestra sexualidad.